

Lectura del primer capítulo: **EL MEJOR LUGAR DEL MUNDO ES AQUÍ MISMO**

Bajo un cielo sin sueños

Los domingos por la tarde son un mal momento para tomar decisiones, sobre todo cuando enero cubre la ciudad con un manto gris que ahoga los sueños.

Iris había salido de casa después de comer sola frente al televisor. Hasta la muerte de sus padres en accidente de tráfico, no había dado tanta importancia al hecho de no tener pareja. Tal vez por su timidez incurable, veía casi normal que a sus treinta y seis años su experiencia sentimental se hubiera limitado a un amor platónico no correspondido y a unas cuantas citas sin continuidad.

Desde aquel terrible suceso, sin embargo, todo había cambiado. Las aburridas jornadas como telefonista de una compañía de seguros ya no tenían como compensación el fin de semana familiar. Ahora estaba sola. Y lo peor de todo era que había perdido incluso la capacidad de soñar.

Hubo un tiempo en el que Iris era capaz de imaginar toda clase de aventuras que daban sentido a su vida. Se veía a sí misma trabajando en una ONG, por ejemplo, donde un cooperante tan retraído como ella se enamoraba de sus huesos y le juraba en silencio amor eterno. Se comunicaban a través de poemas en una clave que sólo ellos podían descifrar, retrasando el momento sublime en el que se fundirían en un abrazo interminable.

Aquel domingo, por primera vez, tuvo la conciencia de que también aquello había terminado. Tras recoger la mesa y apagar el televisor, un silencio opresivo se había apoderado de su pequeño apartamento. Sintiendo que le faltaba el aire, abrió la ventana y vio aquel cielo plomizo sin aves.

Al pisar la calle tuvo un sentimiento de fatalidad. No se dirigía a ningún sitio, pero a pesar de todo tenía el presentimiento de que algo terrible la acechaba y la atraía como un abismo.

Tal como ocurría todos los domingos, el barrio residencial en el que Iris vivía se hallaba tan desierto como su alma. Sin saber por qué, se encaminó como una autómatas hacia el puente bajo el que circulaban los trenes de cercanías.

Un viento helado y silbante azotaba sus cabellos, mientras ella contemplaba el foso surcado de raíles a modo de brillantes cicatrices. Iris consultó su reloj: las cinco de la tarde. Pronto pasaría el tren en dirección al norte. El domingo había uno cada hora.

Sabía que, tres segundos antes de aparecer, el puente temblaría como si se desatara un pequeño terremoto. El tiempo justo para inclinarse hacia el vacío y dejarse vencer por la fuerza de la gravedad. Un breve vuelo hasta que el convoy la embistiera antes incluso de tocar tierra.

Todo sucedería muy aprisa. ¿Qué es un instante de dolor comparado con una vida llena de amargura y desilusión?

Sólo la entristecía pensar en todo lo que dejaba para siempre por hacer. Y, por alguna razón, también la perturbaba saber que causaría molestias a los usuarios del tren. Los servicios se interrumpirían un buen rato mientras su cuerpo sin vida esperaba la llegada del juez y el forense. Menos mal que el domingo hay pocos pasajeros y los que viajan no suelen tener mucha prisa. Aquel contratiempo no les haría perder ninguna cita importante, y esto la consolaba.

Mientras pensaba en todo esto, el puente empezó a temblar y sintió cómo su cuerpo se plegaba espontáneamente hacia delante. Estaba a punto de cerrar los ojos para aceptar la caída, cuando un estallido a sus espaldas la detuvo de repente.

Iris se dio la vuelta, con el corazón encogido por el sobresalto, y vio a un niño de poco más de seis años. En la mano llevaba los restos del globo que acababa de pinchar para asustarla. La despidió con una breve risotada antes de salir corriendo calle abajo.

Lo siguió con la mirada a la vez que sentía cómo un sudor frío le empapaba la nuca y las manos. Le hubiera gustado correr tras él hasta atraparlo. Pero no para reprenderle, como pensaba el pequeño, sino para darle un abrazo porque acababa de salvarle la vida.

Antes de que pudiera darle alcance, una mujer gruesa salió de la esquina con las mejillas encendidas y lo llamó:

-¡Ángel!

El niño se apresuró a aferrarse a su madre y miró hacia Iris receloso, como si temiera que pudiera

denunciar su travesura.

Pero Iris no pensaba en nada de esto. Sólo lloraba sin cesar porque empezaba a darse cuenta de lo que había estado a punto de hacer.

Cuando las lágrimas dejaron de nublar sus ojos, de repente se fijó en un café que nunca antes había visto en aquella esquina por la que tan a menudo pasaba.

«Debe de ser nuevo», se dijo, aunque el aspecto de aquel local no apoyaba esa suposición.

Hubiera podido pasar por una de esas tabernas irlandesas, todas tan parecidas, de no ser porque tenía un aire de autenticidad que lo hacía único. En el interior, dos lámparas amarillentas pendían sobre las mesas rústicas, sorprendentemente concurridas a aquella hora del domingo.

Pero lo que más le llamó la atención fue el rótulo luminoso que parpadeaba entrecortadamente sobre la puerta de entrada, como si se empeñara en llamar su atención. Iris se detuvo un instante y leyó en voz baja:

EL MEJOR LUGAR DEL MUNDO ES AQUÍ MISMO